



© Sara LAMAS; José Ángel Valente

Valente y la mirada vuelta hacia el lenguaje

AGENOR PRIETO

Allá por los años veinte y treinta del siglo pasado, la noción de “poesía pura”, que había calado con fuerza en los círculos literarios europeos, dio lugar a intensos debates respecto a la determinación del elemento esencialmente poético de la poesía. Uno de aquellos debates fue el protagonizado por Jorge Guillén, como representante patrio de la determinada corriente, con el ilustre crítico francés Henri Bremond. Guillén sostenía, lejos de todo idealismo y en la onda del magisterio iniciado por Valéry, que la naturaleza de lo poético era algo que no existía más que contenido en el lenguaje del poema. A diferencia de lo cual, Bremond parecía defender la poesía como una hipóstasis que existe previamente a la escritura de cualquier poema. La disputa se encontraba pues, entre la poesía como elemento exclusivamente lingüístico, o la poesía como objeto inefable que se pretende traducir, con mayor o menor fortuna, a entidad de lenguaje.

A estas disquisiciones en el campo de las letras sucedía, paralelamente, un desplazamiento de la atención hacia el lenguaje en la filosofía. Se pensó que gran parte de los problemas epistemológicos respondían a imperfecciones del instrumento utilizado para abordarlos. En consecuencia, la corriente analítica pretendió depurar el lenguaje de toda imprecisión que la gramática y la semántica entrañan, a fin de convertirlo en un límpido instrumento lógico para el conocimiento científico. Se consideraba pues, desde este punto de vista, como único lenguaje relevante para el conocimiento, el empíricamente constatable; esto es, el lenguaje de los hechos. Con el correr del tiempo la crítica mostraría que lo que esta tendencia consideraba el “hecho empírico puro”, y que se expresaba a través de enunciados observacionales, no dejaba de ser una interpretación, un constructo muchas veces viciado de los datos por parte del observador.

Salvando las distancias entre estos dos campos (que son abismales), lo que me interesa señalar es esa reflexión sobre el componente esencial de lo poético, así como el desplazamiento prioritario de la atención hacia el medio lingüístico. La crítica al lenguaje de la ciencia, en tanto que instrumento exclusivo para la adquisición de verdades, bien pudo alentar las demandas de quienes defendían una clase de conocimiento diferente, propio de otras funciones del lenguaje. El lenguaje comunicativo, utilitario de la ciencia, pasaría a ser una más, y no precisamente la más importante para según qué casos, de las dimensiones de la lengua.

Esta es precisamente la idea que ha sostenido Valente y que ha quedado específicamente formulada en *Conocimiento y comunicación*. El poeta admite que, si bien la ciencia ante un caso como el de la experiencia mística, se esforzaría en buscar los elementos cuantificables y reproducibles que se dan en dicha experiencia, el *qué* sea propiamente lo místico es algo que escapa a sus métodos y que sólo sería accesible por el conocimiento poético. El poema opera así sobre una realidad, la de la experiencia, revelándonos su esencial significación. Y lo hace porque el lenguaje de la poesía siempre apunta a algo más, a un no sé qué, a otra cosa que el sentido literal contenido en las palabras. La relevancia de esta tesis; es decir, la de la poesía como forma de conocimiento, va necesariamente unida a un aspecto no menos importante: el acto de escribirla. Nuestra existencia discurre entre las cosas, entre los objetos, entre ellos nos movemos utilizando un lenguaje que las necesidades prácticas imponen al vivir cotidiano. Este lenguaje utilitario, pese a lo imprescindible, deja sin embargo inexpresada la cara esencial de la vivencia personal; ésta se desliza por debajo y es tarea del poeta traerla a la luz. El ojo del artista se vierte entonces hacia adentro, asiste al lento proceso de maduración de la experiencia, y la descubre, en su progresiva transformación hacia el lenguaje del poema. Así pues, el poeta descubre en el acto creador, o si se prefiere; crea el poema en la medida en la que conoce el contenido de su experiencia.

Si se puede apuntar una vinculación con la mencionada poesía pura, me atrevería a decir que Valente opera con una noción más densa, más abarcante, y a su modo, más pura de lo poético. Valente dirá que el poema es una forma de aparición. Se trata, por parafrasearlo mejor, de una forma de aparición del ser de lo real, la cual sólo se puede dar en, y por el lenguaje. Para decirlo con Gadamer diríamos que “todo ser que puede ser comprendido es lenguaje”. Aparición en suma, a la que el poeta asiste de una manera pura, pues se niega a sí mismo al modo de los místicos, para dejar hablar a la palabra en él, libre de todo condicionamiento ya sea estético, ideológico o comunicativo.

A tenor de lo dicho, y entendiendo el lenguaje como hecho fundamental humano, la labor del poeta se me antoja como la de quien grita ante el abismo y el abismo le devuelve el eco. Es un tanteo en el misterio de la tarde para llegar a un encuentro necesario, el de nuestro propio mundo olvidado. Por aquí hemos pasado como personajes mudos, inadvertidos, y hay un espejo que aún retiene nuestra imagen. La poesía es la palabra de ese testigo; una labor tan bella como interminable, pues nuestra existencia en el tiempo reclama permanentemente ser dilucidada, aclarada a través de la palabra con la esperanza de que, al fin, como diría nuestro poeta *esta imagen de ti me sobreviva*.



Versos de *Cántigas de alén* en la Plaza de las Mercedes (Ourense)